

De retroclínica y arte diagnóstica en su aplicación a la literatura picaresca española ⁽¹⁾

M. Parejo Moreno

Divagación imaginada y compuesta por el Licenciado don Manuel Parejo Moreno, para dar cumplida cuenta del expurgo que hizo en novelas y otras ficciones recreativas concebidas por preclaros ingenios de otros tiempos, con ánimo bautismal y motejador de pretensas dolencias y achaques del alma en aquéllos contenidos y que ofrece en sentida dedicación al Doctor D. Tomás Cerviá Cabrera para recordación de las reuniones de nuestra Facultad.

«... por esta causa fué reprendido Periandro, que, siendo médico famoso, quiso hacer versos, y de un buen médico quiso ser mal poeta.»

(Dr. PALACIOS RUBIOS: *Tratado del esfuerzo bélico y heroico.*)

OBLIGADA ANTESALA DEL DISCURSO

Obligame la cortesía a rendir, por delante de este mi discurso, razón justificadora de la picardía que al lector le amenaza con su ya comenzada lectura. De no mediar tesón y empeño de tan buen amigo no gozara yo el regustado placer de volver, con muy otro propósito, a lecturas enranciadadas en la memoria, desván pronto a encumbrarse en tiempos, como estos, de azar y diversidad extremos. Lecturas de mocedad, ni traídas ni llevadas, sino caídas de la ocasión, y por ello, escapadas de la racional meditación, han sido otras, ahora, encaminadas derechamente al horizonte de esto que hemos dado en llamar conferencia por poner honesto nombre al esparcimiento engreído del que habla y a la prueba y trance amistoso en que están los que con tan diverso ánimo ponen el gesto de quien escucha.

(1) A petición de algunos colegas insertamos el presente trabajo, leído en una de las sesiones clínicas del Dispensario.

FELIGRESÍA DE PAPEL.

Diéronme muchos y muy dilatados consejos cuando hube de licenciarme en los estudios facultativos que por siete largos años seguí en la Universidad hispalense. Muchos de ellos acentuaban su gravedad y enjundia en lo moral del ejercicio de la profesión, en la discreta sociedad con los otros médicos y en la espera paciente de los feligreses de carne y hueso, cuyas tristes dolencias, por efecto conjunto de mi ciencia e ingenio y afortunada acción de milagroso azar, habrían de encontrar seguro y pronto remedio.

Pero nada dijéronme de estos otros feligreses, apolillados de puro aguardar en la remota fábula, tan escasos de carnal sustancia y tantas veces impresos en libros y papeles, que, por fantasmales y librescos, feligreses de papel he de llamarles.

Y como ninguna traba pusieronme maestros y rectores para espigar y aun hacerme con la cosecha entera de ese campo al parecer sin dueño reconocido, gravamen, alcabala o portazgo, en ellos me entré a saco, pensando que con los muertos no cabe igualatoriedad que les ampare con derecho a importunar en aquella otra relación crematística que se nos lleva a los clientes vivos, con ánimo airado y peores expresiones.

Otros muchos médicos de ahora se dieron a cultivar esta feligresía tan cómoda como sufrida, pero escogieron sus pacientes entre aquellos que a puros empujones llegaron al último trance con tales trazas y señales de su padecer, de modo que con ligero esfuerzo se llega a saber cuándo y cómo les mató la atrabilis, la quartana, la fluxión de pecho o bien la comezón de ungüentos y untos al uso para el gálico y mal de bubas.

LA PROPEDÉUTICA Y ARTE DIAGNÓSTICA RETROSPECTIVA.

El médico ocioso por la poca ocupación y con el diligente ánimo a cada paso agujado en el fondo de su flaca bolsa puede llevar sus artes hasta las personas que ocuparon altos o bajos papeles en la humana farsa de la verdadera historia. Bástale entonces aposentarse en cualquier rincón del tiempo pasado, y encuéntrase por ello con el consuelo que los males de antaño le dan a la falta de dineros hoy. Esto hará aun a trueque de llenar de telarañas el cerebro y de que, oscurecida la imaginación, llegue a dar en la locura de que fué realidad y no sueño su artificiosa posada.

Pudiera también beber en fuentes ajenas ingente copia de síntomas y aun males completos para, en atando cabos acá y acullá, con-

cluir un diagnóstico y gozarse en él como César lo hizo en sus campañas y conquistas. Y también pudiera, si la ambición le llevara por filosóficos caminos, deducir de la melancolía de alguno la pérdida de tierras y dominios, la derrota de ejércitos tenidos por invictos y el anegamiento y dispersión de las orgullosas naos que no fueron mandadas al combate contra el hado infausto y las tormentas.

Mas todos estos empeños, con ser difíciles, no lo serán tanto como el de expurgar en lo que con intención diversa se dejó escrito más para distracción y amenidad de desocupados o golosina de la erudita gente que para el objeto y motivo del quehacer galénico. Pues éste es tanto menos oportuno cuanto considerar hemos que no se puede dar la muerte con licencia de la Facultad, remedio de la botica y acuerdo del protomedicato a quienes solamente tuvieron la vida de la fama, a la que no alcanza el mortífero poder de la farmacopea.

Considero que es propio de hombres indulgentes con flaquezas del prójimo, tanto más soportables cuanto más galanas vestiduras las encubriesen, conceder al curioso, aunque fuere médico maligno, la licencia necesaria para calzarse pedantescas antiparras con las que mirar en el pasado real o novelesco si es verdad aquello que nos dijo Ganivet de si el loco que en la novela aparece es el autor mismo, que impedir no puede el asomo de su locura, o si hizo locos los personajes porque nunca pudo comulgar con los cuerdos que en el mundo hubo y a su alrededor vivieron.

Todo ello sin demasía en el imaginar, que ya es bien sabido que no hubo nunca en la tierra cosa enteramente nueva, y por ello de todo lo presente encontraremos antepasado y figura aun en el tiempo de nuestro común padre Adán, que ya sufriera el primer dolor de locura en el cruel homicidio que hizo Caín.

DEL CONTORNO Y DIMENSIONES DE AQUELLO QUE DAMOS EN LLAMAR PICARESCA.

Sin querer cometer pecado de herejía dentro de la doctrina profesada por tratadistas graves y sesudos, pero llevados de natural y censurable inclinación a resolver las cuestiones con ligereza y comodidad, situamos temporalmente la picaresca, como suceso literario genuino y esencialmente idóneo, entre la mediación de los siglos XVI y XVII, abarcando con ello el tránsito terrenal de muchos de los que la escribieron y también el tiempo en que fueron homogéneos en la condición y esencia la ficción que hoy comentamos y la realidad que le dió motivo y ejemplo.

Nadie necesitara astrolabio ni carta geográfica para encontrar los límites terrenales dentro de los que este suceso encontró marco hecho a su justa medida. Creadores, intérpretes y coro general encierran en la estrechez del páramo castellano, centro de la vida y alma de la nación española. La novelesca acción, cuando escapa de esta cárcel por las puertas de Salamanca, Valladolid, Segovia y Toledo, márchase por las rutas de las armas españolas, que están alfombradas con sangre de Castilla y son, por ello, el natural emuntorio de su fecunda fuerza. Sálese, pues, la picaresca, cuando lo hace, por todo el confín alcanzado por la punta de la espada en Indias, en Flandes y en Italia.

Salió de la imprenta el *Lazarillo* por el año 1554 y murió don Francisco de Quevedo y Villegas el año 1645. Hágasenos, por todo el que en ello conviniere sin enfado, la gracia de admitir entrambas fechas como principio y término de la picaresca en su auténtica y pura solera nacional.

El meollo verdadero, castizo y singular, de la picaresca lo forman los poetas, de los que es capitán y abanderado el anónimo autor del *Lazarillo* y en cuyo escuadrón forman el músico y guitarrista Vicente Espinel; Mateo Alemán, médico y aventurero; el travieso Vélez de Guevara, Cervantes y el acibarado Quevedo. Mantiénese por estos hombres de letras la forma clásica y la especial norma que determinan las circunstancias en los asuntos, la inclinación crítica, que en Quevedo alcanza la linde del sarcasmo, y lo que por todos se llama realismo y que, según un bibliófilo alemán, amigo de lo confuso, no otra cosa es *que el efecto de fuerzas generales y comunes del tiempo, que impulsan a una concepción racional del ser como tal.*

No apagado todavía el fuego que los genios mencionados encendieron, empieza la corrupción del género picaresco hacia la elevación del rufián como figura principal y de sus aventuras, más como objeto de diversión malsana que como atalayas de miseria alzadas para ejemplo y lección. Los franceses nos toman al acierto y nos lo devuelven en burlas de lo que más preciamos los españoles, que es lo tocante a la honra de nuestros ejércitos. Satirizan por bellaco y envidioso al tipo de nuestro soldado sin la decencia y respeto que hace en la caricatura de la soldadesca nuestro comediante Torres Naharro. Así cabe reír y burlar al *miles gloriosus* y no al modo felón y traicionero de los copistas franceses de nuestra original tramoya.

Años y aun siglos la serenidad, y más aún tristeza y casi completo engamamiento del ánima española, mantuvieron silencioso este re-

gistro por donde fluir pudiera, si de ello hubiere sido la ocasión propicia, la gracia, el donaire y, por añadidura, la melancólica alegría de España. El antiguo realismo, todo sencillez, se quedó para la novela o el cuadro de costumbres. La ironía y el chiste de intención colmado desposeído fué de su natural emplazamiento por el humorismo, tan fértil en retoños extranjeros, y la sana moral, con su anverso de doctrinarios desarrollo y su reverso, que desde la Scila de los relatos bandoleriles y los romances sanguinosos se trasladada a la Caribdis de los descubridores, seguidores y sabuesos del crimen como fuente del criminalismo técnico presente en la actual novela policiaca.

Del costado irreal y ficticio que hasta en lo más cierto y presente se halla hase derivado el libro de viajes, rico en fábula y plagado de curiosas invenciones, y las novelas de aventuras, donde ya lo principal no es el hombre, sino el placer que se tiene en leer maravillas cuando no es dado vivir otra cosa que lo vulgar y cotidiano.

LOS AUTORES MÉDICOS.

Tres de los autores fueron médicos, mas parece que sólo uno ganó la vida con su arte, aunque, y también según pareceres, con más maña de pícaro que honrada disposición. Fué el tal un don Carlos García, cuyas obras imprimiéronse en París, donde fué «médico sin grado, filósofo entre seglares, vecino de la Bastilla, goloso y bebedor», según de él dijo Marcos Fernández. Otro médico fué Jerónimo de Alcalá Yanes y Ribera, y el tercero, que en la cárcel de Sevilla desempeñó su ministerio y aprendió de la vida y afares del pícaro y cuyo inmortal nombre va unido al de su obra el *Guzmán de Alfarache*, de donde todos tomaron modelo y medida.

PORMENOR Y BOCETO.

El *Lazarillo de Tormes* vese por todos como exacta pintura, en que el mayor empeño recayó en lo real y presente, de lo que hízose fiel copia. La vida toda de cuantos en la república de los pueblos españoles tuvieron representación y presencia se traduce con galano atrevimiento y donosura no igualada por ningún otro. Los pasos del ladino lazarillo se cruzan con los procesionales de la vida en el solar castellano, seres cuyo diario mantenimiento es milagro y aventura, cuando no riesgo o agudo alarde de picardía. Un sonsonete socarrón y malicioso va deslizándose en la obrita su aire de fiesta y su ligereza

sólo aparente, pues las rendijas que al principio angostan el mal pensamiento son al final francos portalones del desaliento y la tristeza.

Traído y llevado de tormentas y bonanzas, en la paz del impreso papel, vino a dar, como en seguro puerto, la aventurera nao del sabihondo escudero Marcos de Obregón. Con los despiertos sentidos a la caza de cuanto saber anda suelto por los mundos, hizo de la experiencia tesoro de avariento que enterrar en la fosa de donde la fama le trujo hasta nosotros. La vida hácese de este modo relato que salpican agudezas, recreaciones de la imaginación y la flor literaria que de tan peregrino ingenio conserva el interior y espiritual perfume.

Cimero y encumbrado miramos desde la atalaya de su vida al viajero y bellaco Guzmán de Alfarache, tantas veces malo como mal arrepentido y tan víctima de la flaqueza de su carne como de la desgracia y desventurado azar que en su terrenal tránsito fué su tirano y verdugo. Gramática es del pícaro y de la entera picaresca este libro, imaginado en buena hora por Mateo Alemán para rectificación de engañados y claridad y enseñanza de lo que el mundo es. Llama la atención con cuánta prontitud y cuán fácilmente púedese caer en el desconocimiento y confianza de sí mismo, que es como faltar a la fe en el Creador del hombre. Ello determina ese sombrío color en que la obra viene a diluirse, pues todo antójase inseguro y frágil, los principios inciertos, aleatoria la moral y el vivir cotidiano necesitado de muleta permanente, que no otra cosa es la continua moraleja y la incesante prédica de cómo debe hacerse, señal veracísima de que todo hácese mal.

La más grande sutileza escóndese más veces de lo que se cree en las formas más ligeras, y por alegres, estimadas como cosa sin sustancia y a la postre sólo digna de risa. Al decir en este estilo titúlase humorismo en nuestros tiempos. Al *Diablo Cojuelo* no falta ni aquella parte maravillosa y sobrenatural que al humorismo da la cabriolesca agilidad del movimiento narrativo. Contéplase Madrid desde un campanario con los ojos de un diablo travieso y de un rijoso estudiante; destápase lo que desde la altura semeja un pastel, y sale a la luz el ciudadano paisaje relleno de seres y pasiones. Ello resulta solamente pintura, pero no basta para el empeño de Guevara, tan próximo a la sátira de Quevedo. Hácese, pues, a continuación procesión de símbolo y nàrranse disparates con los que el lector tendría harta risa de no vestir en su ánima cada letra con la jácara y el chiste, demostración de cuánta falsedad se contiene en lo humano.

Don Miguel de Cervantes radicó en ambos polos de la humana naturaleza; díjonos cuanto supo de la terrenal miseria y creó cuanto

pudo de ideal en la figura vértice de toda su obra. Estudió el pícaro y el malvado e hizo nos su retrato veraz e ingenuo en *Rinconete* y *Cortadillo*. Satirizó costumbres y leyes que tales seres tolera y aun determina, sacó a la pública vergüenza los que tras su apariencia y conforme civilidad escudan su calidad de pícaros, tanto mejor cuanto mayor es su privanza o autoridad. Tratados de la vida son sus libros, de la que es forzoso vivir y de la que pudiéramos vivir en los dichos siglos en los que no se conocían las palabras tuyo y mío. Muévase en la más pura órbita de la ética ortodoxa, pero sin aquella prolija pegajosidad de Mateo Alemán. Al pícaro opone el caballero andante, y de esta particular manera, sólo concebible por tan alto ingenio, reprodujo idealmente en esta tierra la mística batalla de los cielos, en los que se libró por vez primera la eterna contienda de los ángeles buenos y los ángeles malos.

Quevedo tiene en todo la crudeza y dolor del desgarro. Si nadie le igualó en la soltura del lenguaje y liberalidad en su uso, tampoco tiene rival en la visión trágica y pesimista que de su época se domina desde la altura de sus libros.

Los personajes de Cervantes están en sus novelas con la misma humana naturalidad de los borrachos inmortalizados en el lienzo velazqueño; la sinceridad y la honradez pura presiden lo que es somera transcripción de lo real en toda su grandeza y profundidad, sin trasunto ni trascendencia. En Mateo Alemán las figuras parecen salirse de los cuadros de Ribera, atormentadas el espíritu, y yacen, oran, meditan o se extasían en mística contemplación, pero no viven según la ordinaria condición de todo hombre. Para Quevedo no hay pintor que poner en comparativa metáfora; le habrá más tarde, en la hora tremenda del ser o no ser de la española gente, y un pintor amante de la llaneza del pueblo y frecuentador de cortesanos salones revivirá en sus aguafuertes, en sus disparates y caprichos cuanto Quevedo dejó escrito sobre lo derecho y lo torcido, la virtud y el vicio.

DEL ESPIRITUAL SENDERO QUE A LA PICAESCA ENTRAÑA CONDUCIR PRETENDE.

Alguno, exégeta prologador del *Lazarillo*, ha dicho que la picaesca es como el envés de la mística, cosa que ya hubimos de pensar no bien hubo comenzado nuestra meditación. Niega y semeja la picaesca de cuanto en el *Quijote* se contiene como valor y símbolo del ideal comportamiento del hombre. Lástima es que no haya imágenes o escultóricas figuras de tanto pícaro como mereció ser por

ellas inmortalizado, porque en su comparación con todo lo que de divino nos legan artífices e imagineros echaríamos de ver cómo aquello es ajustada contrapartida de estotro, al modo que la caricatura destaca en los descompuestos rasgos los perfiles afirmadores o negadores de tal o cual personal carácter.

Como distintos polos o partes extremas de una misma cosa imaginamos la picardía y la mística. La carne, barro entre las manos del Todopoderoso, gusto y esencia de la tierra, por un lado, y por el otro, aliento de Dios y espíritu sutil que derechamente al cielo se encamina como a su natural morada y paradero eterno. Ambos elementos, como simples que reúnen su diferencia en la misma y única sustancia del compuesto, fueron escogida ocupación del genio español y materia de eternidad para la fábrica de sus obras, pues el intento fué el mismo, aunque diferentes los modos, y si los unos tallaron en la madera o cincelaron en mármoles la grandeza e infinitud de la santidad, los otros hicieron comento, leyenda y, en fin, monumento vivo de cuanto en travesura, malicia y agudeza del vivir les fué dado sacar de la vida misma.

De cara a la eterna muerte y con los ojos en la eternal existencia del alma arden místicos y ascetas la hoguera del interno fuego sobre la áspera pira de un vivir que es un morir de continuo. De cara a la terrena muerte y con los ojos puestos en la ejemplaridad de los más altos hechos arde el guerrero en ímpetu de gloria y en el fuego de batallas y sitios famosos. Empero, el pícaro se está siempre de cara a la vida y, sin menospreciar el eternal castigo, pone muy en tela de juicio si el premio prometido se avendrá con sus peculiares gustos y aficiones. Siéntese héroe ignoto en su trabajo de evadir la muerte y ganar la vida a la voracidad del hambre, la enfermedad y la acechanza del prójimo.

Del hambre, el dolor y la miseria hace el místico freno de la sensualidad y camino de perfección; por el dolor y la soledad éntrase en su alma la virtud y arrójase de ella toda impureza demoníaca. El pícaro entrégase al juego del diablo y al mismo diablo engaña, pues, aun en el peor trance, conserva para su alma, en dineros de fe y de amor, el rescate de una última e ingenua piedad. Del hambre, el dolor y la miseria, como de otros tantos crueles enemigos, libranse nuestros pícaros con la irónica virtud de hacer el mal, con la ocasión y necesidad graduado, para no dar en demoníaca exageración, que ya fuera crimen y no burla.

EL RETRATO DE NUESTRO PÍCARO NO SE AVIENE
CON LA ABSTRACTA O FIGURADA RELACIÓN QUE
DEL PSICÓPATA HACE LA MODERNA PSIQUIATRÍA.

Modas hubo en todo tiempo antes que de Francia nos viniera el vocablo, y propio de la moda es lo pasajero de su tiranía. Las modas científicas no sólo son adventicias por su sola naturaleza, sino que, sometidas a un permanente renuevo de su esencia y forma, llegada que son a su hora desaparecen casi por completo. En cosas de ciencias, muerto lo que es moda se queda entre nosotros el hecho cierto que fué su meollo y esencial substrato. Y como el meollo de la moda en que estuvo muchos años la doctrina de Morel no deja de aparecer en las que después le han sucedido en el universal predicamento, de ahí que ni siquiera rebasemos aquí la mera citación que acabamos de hacer.

Cuando las teorías degenerativas quedaron en su desnudez esencial, arrancadas que le fueron vestes y sobrevestes de comentaristas y copartícipes de Morel y Rogues de Fursac, dejaron asentadas las siguientes cuatro características del psicópata:

- Amoralidad.
- Inafectividad.
- Inadaptabilidad.
- Impulsividad.

Es el pícaro más inmoral que amoral y en modo alguno podemos admitir sin grave escrúpulo que su moral, en más o en menos, al derecho o del revés, sea como la del psicópata, que ni la sabe ni la siente. Nuestro pícaro sabe y siente la moral y lo que le pasa es que no cree en ella; no la estima, sino que hace de ella desprecio, como cosa quizá cómoda y necesaria para otros, pero de todo punto superflua en el gobierno de sus actos y pensamientos.

El psicópata es inafectivo por lo menguado del caudal de sentimiento, y la expresión de su cariño, cuando existe, no es afecto, sino instinto o mansedumbre animal. Entendiéndonos así, ¿podemos asegurarlo, ni por asomo, en nuestro pícaro- ¿Tacharíamos de frialdad y desafección al monje que se acoge a la soledad tras quebrar para siempre todas las terrenales ataduras? No. No queremos confundir el desasimiento en que el pícaro vive con la indiferencia de todo en que el psicópata más bien diríase que va muriendo. Cada hombre es fiel en su conducta y particular afección a su estado y conciencia y hasta a su oficio o manera de ganar el sustento, pues

cada hombre ama a su modo. El querer es, además, un darse a los demás y cada hombre gradúa su donación con arreglo a sus circunstancias y capacidad. Y de estas reglas no escapa el pícaro, que de seguro ama, ama mucho y apasionadamente, lo suyo, y lo ama a su modo. Y por lo suyo debemos entender no sólo aquello que a su bienestar, capricho o conveniencia acomoda, sino lo general que para bien de la picardía es objeto de predilección y amor.

La inadaptabilidad en el psicópata supone la inexistencia en su interior de un sistema, fórmula o situación a la que la adaptación conviene. El mundo está fuera y requiere la conformidad consigo, pero ésta, a su vez, exige una interna representación del mundo que facilite el plegamiento al requisito. En el psicópata la interna imagen del mundo es incompleta, accesoría, deforme o inexistente, y ello lo es a causa de la deformidad o insuficiencia de su aparato anímico, y esto es verdadero incluso en los psicópatas superiores. No diríamos lo mismo del pícaro que nuestra lectura ha venido componiendo a través de los clásicos con tan verdaderos y completos materiales. La vida que el pícaro hace es una perpetua y agilísima adaptación que implica una notable madurez de espíritu, el dominio pleno y seguro de la facultad de obrar y una interna perspectiva de la mundanal realidad, inconcebible de no existir en la entraña de su alma una acabada y fiel imagen conceptiva de aquélla, tal como es en su más cruda verdad y en su engañosa apariencia.

Impulsivo es quien no mide su acción por aquello que desde fuera la reclama o por lo que desde dentro forma su intención. Lo impulsivo es desmesurado, inoportuno y aberrante. En el psicópata la impulsividad reúne, sin excepción alguna, estas tres cualidades, que son como sus tres dimensiones. Nuestro pícaro es impulsivo, porque es caprichoso, flaco, fácil y porque tiene pasiones naturales y aun extrañas. Sus actos son ágiles e imprevisibles, porque el pícaro es un personaje arbitrario y sorprendente, cuyas motivaciones vienen de un saber extrahumano, ya que el pícaro «un punto ha de saber más que el diablo». No veremos mesura en su responder, porque todo cuanto le acontece está fuera de medida; no le concederemos don de oportunidad, porque es hombre al acecho y que está en el mundo como en perpetua emboscada. Pero su falta de mesura, oportunidad y congruencia no puede compararse con la mengua, desarmonía y tara que en el psicópata implica la impulsividad.

De un tan desvaído y vaporoso concepto como el de psicopatía no es raro que se haga descripción tan estilizada como la que el lector acaba de conocer y tampoco significa rareza o singularidad

que cualquier otro criterio menos antropológico y más humano—y perdóneseme la redundancia—(biotipológico, personalístico) no alcance mayor perfección ni haga otra cosa que recargar la estilización primera con algún nuevo y desusado adorno psicológico más en consonancia con el pensar de ahora. Recógenese aquí las prendas que de la psicopática percha han sido descolgadas por psiquiatras americanos.

DE LO QUE ES SANIDAD Y DE LO QUE ES INSANIDAD
DE LA MENTE, O, COMO AHORA SUELE DECIRSE,
DE LO QUE ES ANORMALIDAD Y LO QUE POR ANOR-
MALIDAD SE ENTIENDE.

Duéleme no encontrar ajustadas palabras de sabor rancio en las que encajar como en estrecho y apropiado molde estos conceptos. Pero cualquiera que fuere la turbación y pena de mi ánimo, impóneseme la forzosa paternidad de estos hijos nacidos de la preñez de nuestro idioma, forzado de extranjeros y aun propios violadores, y, aunque lastimado, usaré de ellos como cumple al esmero y lógica de mi trabajo, pues ha mucho tiempo que España no decide de palabras ni de hechos, y por estas y otras parecidas razones de más empeñada y enfadosa relación, los españoles nos hemos ido acostumbrando a tomar en estima, como ocurrencias del más peregrino ingenio, todas las naderías que de fuera nos traen, como si aquí se hubiera quebrado la madre de las ideas, y todo porque nos vienen tan vestidos y compuestos y con tan inaudito ropaje de vocablos que a muchos, timoratos o embaucadores, les parece cosa indigna y aun reprochable no caer en la necesidad que a todos confunde en la común renuncia a pensar por la propia cuenta. Que no todo en la vida es física ni aparato, sino que es también tarea elevada y noble, a falta de los medios del rico y del poderoso, estrujar el magín más filosóficamente o en el dar y quitar a cada cosa su gracia y razón, cuando no proclamarse a sí mismo, como hizo Unamuno cuando dijo aquello de «¡que inventen ellos!»

Y así paréceme ocioso seguir el ejemplo de tudescos doctores, perdidos en su razonar harto prolijo y sutil para llevar a parte alguna de seguro provecho, pues tanto si la normalidad se pesa y mide por la norma del justo medio o por la del valor, su calidad y grado habrán de ser cosa ideal y subjetiva, y todo el que referirse pretenda a la salud le será forzoso pensar en un estado deseable, de continuo pensado, pero jamás sentido con perfecta y acabada hartura. Dejemos, pues, al tudesco con su normalidad de Goethe o de

Bismarck y quedémonos con nuestra pobre erudición, de la que es humilde engendro la definición que se sigue.

Y ello es que entendemos por normalidad aquel juego ponderado de las potencias del alma y las materialidades y fuerzas del cuerpo, que dentro de la más acabada armonía se reúnen y conjugan, de modo que fuera posible un llevar y conllevar la vida según el modo de ver, entender, obrar y desear que comúnmente se usare por todos y sin que ello ocasione extrañeza, duelo o violencia de fuera o dentro de la persona ideal que de tal normalidad gozare.

Quien de la norma se aparte en grado extremo que determine con ello extrañeza, duelo o violencia en sí y en los demás, por su sola presencia o extravagante y enfadoso comportamiento, hemos de tener por anormal o fuera de regla; pero ello no es decir todavía que este apartamiento del valor corriente sea segura muestra de sinrazón y locura, pues en más de una ocasión ha de ser la normalidad misma la que debe crecer o menguar y de tal modo cambiar su forma que le sea hacedero acercarse a los que de ella parecen estar alejados, sobre todo cuando fuera justo reconocer en esta acción el impulso que a las cosas del hombre obliga en perpetuo cambio y mudanza, que ello es ley del tiempo y lección de la historia.

Sinrazón, y aun más, furiosa vesania, decíase de muchas acciones humanas al parecer discordantes en el concierto de un tiempo y oportunidad, porque, adelantándose a todo lo humano, armonizaban con un tiempo y una oportunidad al futuro reservados.

Y hay también quien de la norma es apartado de mano ajena y de tal modo encadenado al azar, la desgracia o el vivir desacordado, que por nunca jamás le será dado tornar al general sendero de donde fué repudiado con injusticia. Así, la impotencia se trocará en rabia y malicia, con lo que cada vez se crecerá el apartamiento, ya que la ley es efecto y criatura de los más y más cercanos al justo medio.

Y de este modo nuestro cavilar con los propios pensamientos y con los del tudesco de turno en los admirativos altares de la fama nos lleva a la final conclusión de que cualquiera cosa que se pensare tendrá que medirse en su ajustamiento a lo que sea uso y utilidad de la república y los ciudadanos, que lo anormal ha de medirse por el quebranto de la salud y tranquilidad del común y no del particular, lo que al fin y a la postre viene a dar al traste con nuestra metafísica, pues ¿quién llevaría su atrevimiento, después de lo sabido, a poner el mote de anormal a éste o aquél, que bien pudiera estar loco o parecerlo tan sólo?

No hablemos más de ello; desechemos el vigor y desmesurada altura de la *norma del valor* y consideremos la calidad humana, palabreja que se nos antoja venir como anillo al dedo para dar buena cuenta de este capítulo.

EN DONDE SE DICE LO QUE ES PÍCARO Y QUIÉNES SON LOS QUE CON MÉRITO BASTANTE PUEDEN HACER DE ESTA PALABRA ADORNO Y LEMA DE SU PERSONA.

Fáltame la sustancia y fáltame también habilidad para componer una definición del pícaro que, a la par de certera y congruente, sea honesta, esto es, hija sólo de honrada meditación y no del afán de alardear con lo ajeno. Y como esta de ahora no es en verdad sazón de pícaros, al menos de la casta literaria y hasta de la verdadera y carnal que nos viene ocupando, fáltanos, por ende, la vista directa de aquella especie, y con ella la única razón del definir honrado. Por todo ello he de presentar al pícaro de la mano de su mejor conocedor, hombre entendido en esta gente tunantesca y tras-humante, como que hubo de vivir entre ellos forzado de la suerte y víctima de la justicia de los hombres. Dícenos del pícaro don Miguel de Cervantes, que no es otro nuestro hombre: «La color mulata..., la vida libre...; sucios, gordos y lucios los pícaros de cocina..., sin ofensa del frío ni enfado del calor...; también dormidos en parvas... como en colchones...; la hambre pronta y la hartura abundante, pero sin disfraz de vicio...; el juego siempre, las pullas a cada paso..., las pendencias por momentos..., los romances con estribos y la poesía sin acciones.»

Entiende aquí Cervantes, como en cualquier lugar de su obra donde de ello tratare, que la vida del pícaro es un a modo de largo, penoso y accidentado aprendizaje, en el que se comprenden desde el cultivo del cuerpo para cualquier rigor o inclemencia al afinamiento de los sentidos y agudeza del entendimiento. Comiénzase por el desgarrar de los paternos lazos y el andar los caminos que llevan hasta Valladolid o Sevilla, salpicados de ventas y posadas, donde con la fortuita aventura y sociedad de huéspedes y arrieros enriquecese la recién nacida experiencia. Andando el más tiempo por las calzadas reales que por senderos solitarios o apartados vericuetos llégase hasta Valladolid, Salamanca o Sevilla, donde la libre disposición y naturales dotes habrán de acrecerse con cuanto en las tales academias se enseña. Mas nadie podrá llamarse pícaro con pleno valimiento, por mucho que se le haya prestado en estas Al-

calás de la truhanería, si no hubiera seguido al menos dos cursos de riesgo y azar en las almadrabas de Zahara, donde toda subsistencia requiere el vencimiento de la perenne empresa que allí es la vida.

El pícaro es nacido entre gentes confusas, de sangre embrollada y harta brumosidad en la estirpe, cuando no de la propia entraña de la picaresca. De padres truhanes, bellacos y ladrones; de madres alcahuetas, calafateadoras de menguadas doncelluces, zurcidoras de voluntades, arpiás curanderiles y siempre brujas o en algún siniestro modo pactadas con Satán. Pero hay también pícaros de nacimiento más claro, más limpia sangre, preclaro linaje, puericia feliz y abundante en todos los dones y aun mocedad alegre y holgazana transcurrida al cobijo de casa grande, aristocrático privilegio y sobra de dineros. Ya esté metido en el bodrio gallofero apenas despegado de pañales o en él sea zambullido por razón de aventura, fuerza de necesidad o viciosa inclinación; lo que en muchos suele ser hábito, y tal pasa con los estudiantes, que son gente moza, libre, discreta, antojadiza, arrojada, diabólica y de humor en demasía variable; es el desarraigo o abandono de los padres lo que les arroja a un azar tan dudoso y temerario y les entrega al goce de la más codiciable libertad, que, al decir de Mateo Alemán, es la del recreo de todos los sentidos. Rómpele su primera inocencia y original candor en las primeras bazas del desengaño, y de su fría, cruel y ciega violencia aprenden a estar en la cerrada y continua centinela de una vida que habrán de compartir con seres contrarios en la intención y la voluntad. Siguese después el vagabundo errar por los caminos castellanos, de una en otra villa, sin demorar en mesones y aldeas, donde la poquedad de gentes multiplica la malicia, y en esta desconfianza y rústico recelo sabe el pícaro que está su peor enemigo. Búscase pronto quien con fuerte brazo, astucia sutil o hipócrita marrullería pueda abrigarle en las primeras descubiertas y desamparos. Un ciego pródigo en trapacerías, engaños y sahumeros; una cofradía de mendigos, con su ordenanza y patente de ejercicio; un escudero o un pobre y orgulloso caballero que busca disimulo de criado para el disimulo de la simulada grandeza. Si vienen mal dadas, el escape está por Cartagena o Barcelona para Génova o Nápoles, siempre faltos de gente codiciosa de lo incierto. Y de aquí, a Venecia, Florencia y a Flandes por el camino que hacen los Tercios después de perdida la franquicia de otras rutas. Pronto sabe del odio de tantas gentes como España tuvo sujetas a su obediencia. Si la guerra, el amor y la intriga le son favorables, puede que regrese a la patria con gran fanfarria de armas y arreos

y algún dinero dispuesto a saltar de los bolsillos. Mientras tanto, la farsa ha de ser su fiel compañera: el nombre falso, la fama mentida, el juego mohatra, el casamiento engañoso y el vivir, desasosiego de huida y escondite, con lo que el fin desgraciado no se hace esperar. A bogar en las galeras del rey o continuar en Indias unido a la quimera fabulosa que le arrancó del seguro y apacible solar.

El vivir de continuo en y de la peripecia es seguro y fiel contraste de su fecundo ingenio, que el pícaro ha de picar un punto más alto que el mismo diablo. Cánsale la necedad y oféndele parecer tonto aun cuando lo simulare. Por cuanto su buen entendimiento y experimentada discreción le tiene en cuidadosa y prudente guarda, que «muy poquito aire hace sonar mucho los órganos». Tan grande es su advertimiento de las cosas, que nada parece estarle sigilado, y mayor provecho sacara de tan buenas proporciones si en ellas fuere constante y no le avasallaran el hastío de lo conocido por presente y la maligna curiosidad de lo por venir.

De la rufianesca condición sálase bien presto cuando así lo quiere con el ánimo bien limpia en la gracia y donaire de hechos y dichos. Buena prueba hizo de ello el pícaro caballero don Fernando de Toledo, soldado de tanta travesura como valor, al que uno del corro, con burlesco talante, dijera cierto día: «¿Este es don Fernando, el pícaro?» A lo que replicó el caballero: «¿Y en qué lo echaste de ver?» «Hasta aquí, en lo que oía decir, y ahora, en que no os habéis corrido de ello.» No se piense que haya el pícaro poca o mucha vergüenza de su pícaro natural, como buen sabedor de los trabajos y fatigas que ello ha de costarle, y más de uno habrá de quejarse con muy buenas y bien atinadas razones de lo caro que le va resultando el infierno, que a tantos se da de balde. Profesión es la suya afanosa e incierta, como lo es la del caballero, y harto mortificada y adolorida, como lo es la del hombre ansioso de santidad. Apártase de todo menester bajo y servil por tenerlo a menoscabo de su pícara honra, como de ellos huye el hidalgo por puntillo de honor y el bien parecer. «Este oficio de ladrón—dice el padre del buscón Pablos—no es arte servil, sino liberal.» Pero todo ello no ha de salvarle de la servidumbre de los trabajos, y esto le aparta de otras semejanzas con el caballero, al que no aflige la privación a costa del honor cumplido, y con el santo, al que la piedad consume las fuerzas de los brazos.

DONDE EL AUTOR Y EL LECTOR HÁLLANSE AL FINAL
TRAS NO ENCONTRAR LA SOSPECHADA FELIGRESÍA
DEL PSIQUIÁTRA O EL CRIMINÓLOGO DE ESTOS TIEM-
POS DE AHORA

De la presunta insanidad psicopática del pícaro literario ya quedó dicho cuanto hubimos menester; de su maldad pudiéramos copiar lo que se dice en el *Rufián dichoso*:

*Que todas son liviandades
de mozo las que me culpan
y a mí mismo me disculpan,
pues no llegan a maldades.*

En cuanto a estos puntillos de moral, pensamos que el pícaro se encuentra como en una permanente posibilidad de escoger uno u otro camino.

*O sé rufián o sé santo;
mira lo que más te agrada.*

se dice también en el *Rufián dichoso*.

No hay, pues, verdadera maldad en el pícaro. Los crímenes en que se ve envuelto salen derechamente de la mano de los verdaderos rufianes que frecuentan su vida. En términos alguacilesco, pudiéramos decir que sus hechos nunca son ciertamente dólodos. Sus travesuras provocan en quien las lee una grande incitación a la indulgencia, pues los vicios y maldades no son en ellos naturaleza, sino injerto enclavijado. Tan es cierto esto que más de un pícaro siente su picardía «como una daga clavada en el pecho y que arrancada da la muerte», y en estas cosas del bien y del mal hay que tener en cuenta, como dijo Menéndez y Pelayo, que algunas veces la distinción moral entre el caballero y el pícaro suele borrarse.

Puestas así las cosas y sin duda alguna en cuanto a la tendencia radical de los creadores de la picaresca a captar la trama confusa y trágica que es la realidad de la vida, a pesar de sus paradojas y contradicciones; desde este nuestro punto de vista médico, ¿dónde hallaríamos las causas del fenómeno, dado que éste no es ni locura ni criminalidad?

De todo ello la razón ha de estar en las causas generales que influyeron en los hombres de aquella tan particular coyuntura de España. Concitadas todas las fuerzas sociales para dar unidad a la Patria y aliento a la empresa universal a que había sido convocado el hombre español, estas causas encontraban unidos y revueltos hombres de todas clases y calidades. Menéndez y Pelayo dice que por

todos los campos de batalla de Europa iba derramando su sangre una población aventurera en que apenas había término medio entre el caballero y el pícaro y en que a veces andaban juntas ambas cosas. En nuestras lecturas hemos encontrado gran conformidad en el parecer de que hay dos grandes motivos que impulsan al español del Imperio. Son el hambre y la gloria. A unos les lanza fuera de la Patria y les conduce de manera ambiciosa a las más altas empresas militares; a otras les lanza fuera de sí, hacia los más altos deliquios del alma, en sed inextinguible de gloria eterna, y a otros les desparrama y les mueve contra sus semejantes en ansia de realidad, de vida auténtica, de placer y satisfacción de los sentidos. Pues delante del español de estos tiempos no se abren otros caminos que los de la aventura y el milagro. De seis españoles, uno se irá a Indias, otro a Flandes, otro a la picaresca, otro litigará en su aldea y el sexto entrará en religión. Hay un frenesí centrífugo que empieza a esterilizar a Castilla, mientras se fecundan pródigamente mundos nuevos.

La novela picaresca—ha dicho una gran autoridad—es la epopeya cómica de la astucia y del hombre. La vida del pícaro como fenómeno, que se diría según un término al uso, no es más que una variante de la vida de entonces. Y así, junto al tono mayor ascético de la empresa del alma o caballeresco y castrense de la empresa imperial y de la conquista hemos de admitir, como un tono menor de la misma vida, la pequeña empresa del pícaro. Y debemos en puridad alinear la gran aventura del pícaro en la pícara vida al lado de la gran aventura del valor y el deber del caballero y la gran aventura de la eternidad del místico.

INDICE

	<u>Páginas</u>
T. CERVIÁ.—Palabras previas	3
Redactores del presente volumen	5
Personal del Sanatorio de Ofra	6
Personal del Dispensario Central	7

PRIMERA PARTE.—LABOR.

Sanatorio de Ofra.—Resumen de labor	11
Dispensario Central.—Resumen de labor	17
Actividades culturales	24

SEGUNDA PARTE.—TRABAJOS.

T. CERVIÁ.—Nota sobre silicosis en Tenerife (Canarias)	29
T. CERVIÁ.—El Día anual de la tuberculosis	33
T. CERVIÁ.—Acerca del mejoramiento del efecto de la estreptomina mediante las asociaciones medicamentosas	38
T. CERVIÁ.—Orden de urgencia de las medidas a tomar para la lucha antituberculosa en los países en que esta lucha está en sus comienzos	48
T. CERVIÁ.—Influencia de la estreptomina y demás modernos antibióticos y quimioterapéuticos en la lucha antituberculosa	51
T. CERVIÁ y P. DE LA PEÑA REGIDOR.—La exacerbación premensual de las tuberculosas, y su tratamiento con la vitamina A	55

P. RODRÍGUEZ TRUJILLO.—Cuerpos extraños de naturaleza vegetal en el árbol respiratorio de los niños	65
T. CERVIÁ.—Epidemiología de la tuberculosis y lucha antituberculosa en Venezuela	71
T. CERVIÁ.—Los efectos paradójicamente contraproducentes de las luchas antituberculosas	90
T. CERVIÁ.—Gripes y Seudogripes	105
J. DURÁN MOLINA.—La hipertensión de la circulación pulmonar ...	119
T. CERVIÁ.—Renovación de consignas en la vacunación con el B.C.G.	127
T. CERVIÁ.—La tuberculosis en las prostitutas y su problema médico-social. Experiencia recojida en el Sanatorio de Ofra	134
T. CERVIÁ.—Las investigaciones sistemáticas en sujetos supuestos sanos y su actual puesto en la lucha antituberculosa	144
T. CERVIÁ.—El problema del tuberculoso en el Hospital General.	155

APENDICE

M. PAREJO MORENO.—De retroclínica y arte diagnóstica en su aplicación a la literatura picaresca española	161
---	-----

ULPGC.Biblioteca Universitaria



929278

BIG 616.83 TRA tra

- T. Cerviá y J. Pérez.—La reacción del parche tuberculínico. Primeros resultados comparados con la reacción del Mantoux.
- T. Cerviá.—La estreptomina y su aplicación al tratamiento de la tuberculosis.
- T. Cerviá.—En torno a las «drogas mágicas»: la estreptomina en la tuberculosis.
- R. Luelmo.—Cuerpo fibrinoso en un pneumotórax intrapleural.
- T. Cerviá.—La vacunación preventiva de la tuberculosis con el B. C. G. Estado actual del problema.
- T. Cerviá.—Algunos conceptos fundamentales sobre tuberculosis y su diagnóstico.
- M. López.—Experiencia osteoarticular en el Sanatorio de Ofra.
- J. Pérez.—Experiencia neuro-psiquiátrica en el Sanatorio de Ofra.
- T. Cerviá, R. Luelmo, J. Sáez y F. Chinea.—Tratamiento de la tuberculosis con el Tritionato sódico. Primeros resultados.
- J. Durán.—Cantar del buen bacilo.

VOLUMEN VII (1944-45) 1946 (Agotado)

- M. Parejo.—Notas sobre la psicopatología del enfermo tuberculoso.
- J. Pérez.—Significación del factor terreno en tuberculosis.
- T. Cerviá, J. Samitier y J. Pérez.—Aportación al estudio del fenómeno de agotamiento de la alergia tuberculínica.
- T. Cerviá.—Significación clínica de las reacciones tuberculínicas.
- T. Cerviá.—Sobre algunos efectos paradójicamente contraproducentes de la Lucha Antituberculosa.
- T. Cerviá y T. Gutiérrez.—Hepatitis epidémica y tuberculosis. Estudio de una epidemia de hepatitis en un Sanatorio Antituberculoso e influencia de la misma sobre el curso de la tuberculosis.
- T. Cerviá y J. Pérez.—A propósito de nuestros resultados con la tuberculina P. P. D.
- T. Cerviá.—Normas generales que deben inspirar el tratamiento de la tuberculosis pulmonar.
- M. Parejo.—Tratamiento higiénico y climatológico de la tuberculosis.
- J. Durán.—Nutrición y dietética de la tuberculosis.
- T. Cerviá.—Tratamiento específico y quimioterápico de la tuberculosis.
- R. Luelmo.—Colapsoterapia gaseosa.
- C. Rodríguez Gavilanes.—Fisiopatología de la parálisis frénica.
- J. Domínguez.—Colapsoterapia quirúrgica extrapleural.
- R. Luelmo.—Neumoperitoneo y otros métodos colapsoterápicos complementarios.
- V. Gutiérrez.—Tratamiento de las complicaciones pleurales en el curso de la tuberculosis pulmonar.
- J. Vidal.—Tratamiento de la tuberculosis de las vías respiratorias altas.
- J. Domínguez.—Normas terapéuticas de la tuberculosis asociada con la maternidad.
- J. Pérez.—Normas terapéuticas de la tuberculosis asociada con otras enfermedades respiratorias específicas.
- T. Cerviá.—Valoración y porvenir del tuberculoso recuperado.
- T. Cerviá.—Posición del Médico general frente al tuberculoso y su tratamiento.

VOLUMEN VI (1942-43) 1944

- T. Cerviá, J. Pérez y J. García López.—Nuestra experiencia sobre la alergometría de la tuberculosis.
- T. Cerviá y J. Pérez.—Encuesta de tuberculosis en un Reformatorio de Mujeres.
- T. Cerviá.—Tuberculosis y paludismo.
- T. Cerviá.—Sulfamidoterapia de la tuberculosis.
- T. Cerviá, J. Durán y J. Domínguez.—Quilotórax traumático. Consideraciones clínicas y terapéuticas con motivo de un caso curado con un sencillo procedimiento original.
- T. Cerviá y J. Pérez.—Enseñanzas de una encuesta de tuberculosis en un Asilo de Ancianos.
- T. Cerviá y J. Durán.—Aportación al estudio médico y social del problema de la tisis, según nuestros datos y experiencias.
- T. Cerviá.—Crisis epilépticas con motivo de la iniciación de un pneumotórax en un tuberculoso.

VOLUMEN IV-V (1938-41) 1942

- T. Cerviá y J. García López.—La velocidad media horaria y nuevo índice de sedimentación de hematies determinado por fotosedígrama.
- T. Cerviá.—Contribución al estudio de la alergometría de la tuberculosis.
- T. Cerviá y A. Wildpret.—El índice monoinfectario en la clínica de la tuberculosis.
- T. Cerviá.—Contribución al estudio de la primo-infección tuberculosa del adulto.
- T. Cerviá.—Nuestro concepto sobre la «Unidad Antituberculosa Provincial» y sus funciones.
- L. López y A. Morera.—A propósito de cuatro casos de abscesos de pulmón tratados con onda corta.
- T. Cerviá.—Actual momento epidemiológico de la tuberculosis en Santa Cruz de Tenerife y estudio de los factores que en el mismo han influido.

(Sigue en la pág. 4.ª de la cubierta)

- T. Cerviá.—La poliserositis como modalidad de la primo-infección del adulto.
 A. Cerviá y A. Morera.—Tratamiento del absceso del pulmón con ayuda del guayacol intravenoso.
 T. Cerviá y J. de la Rosa.—Contribución al estudio de las costillas supernumerarias.
 T. Cerviá y J. de la Rosa.—Contribución al estudio de las anomalías de las costillas torácicas.
 T. Cerviá.—Etapas y bases actuales de la profilaxis antituberculosa.
 T. Cerviá.—Concepto y funciones del moderno Sanatorio Antituberculoso.
 T. Cerviá y A. Wildpret.—Consideraciones sobre dos casos de hernia de diafragma y dolico colon.
 T. Cerviá.—Interés de las investigaciones escolares en las Escuelas.
 T. Cerviá.—Foco de tuberculosis familiar.
 T. Cerviá y A. Morera.—Tratamientos de las algias por las inyecciones intradérmicas de vitamina B1 (tiamina).
 A. Morera.—Encuesta de tuberculosis en una unidad de Infantería.
 T. Cerviá y A. Wildpret.—Nueva aportación al conocimiento de la epidemiología de la tuberculosis en Santa Cruz de Tenerife.

VOLUMEN III (1936-37) 1939

- T. Cerviá.—Breves noticias sobre el problema de la tuberculosis en Tenerife en el pasado remoto y próximo.
 T. Cerviá.—Enfitema subcutánea de origen pleural por intento de pneumotórax.
 T. Cerviá, A. Martínez y A. Wildpret.—Contribución al estudio de la posología de la crisoterapia; la técnica de Capuani.
 T. Cerviá.—Nueva aportación casuística al estudio de los lóbulos y cisuras ácidos derechos.
 T. Cerviá.—La experiencia italiana de la lucha antituberculosa.
 T. Cerviá y A. Wildpret.—Parálisis espontánea de diafragma en el curso de un pneumotórax terapéutico.
 T. Cerviá y J. Pérez.—Pneumotórax espontáneo benigno recidivante.
 T. Cerviá, J. García López, J. Pérez y A. Wildpret.—Contribución al estudio de la alergometría de v. Groer por medio de la hematología local.
 T. Cerviá.—La educación física (gimnasia) en el tratamiento de la tuberculosis pulmonar.
 T. Cerviá, J. G. Martín Herrera, J. Pérez, J. Rodríguez y M. L. Sobrón.—Resultados de nuestra investigación de tuberculosis en los escolares de Santa Cruz de Tenerife.
 T. Cerviá y P. Maffiotte.—El empleo sistemático de la tuberculorreacción en los adultos sanos. Las curvas de tuberculización de Tenerife.
 T. Cerviá.—Las enseñanzas del ensayo dispensarial del Puerto de la Cruz.

VOLUMEN II (1935) 1936 (Agotado)

- D. M. Guigou.—Un caso más de trasposición de vísceras.
 T. Cerviá, J. Pérez y J. García López.—Contribución al estudio de la influencia de algunos factores sobre la sensibilidad cutánea a la tuberculina.
 J. Vidal.—Evolución de nuestros conocimientos acerca de la etiopatogénesis de la tuberculosis laríngea.
 T. Cerviá.—Doble aneurisma de aorta en un tuberculoso terciario.
 J. Pérez.—Contribución al estudio del hemograma de Houghton.
 T. Cerviá y D. M. Guigou.—Aportación al estudio del eritema nudoso.
 T. Cerviá y J. Pérez.—Estudio estadístico sobre la mortalidad por tuberculosis en Santa Cruz de Tenerife.
 P. Maffiotte.—Resultados de las investigaciones escolares efectuadas con motivo de las colonias de verano.
 T. Cerviá y P. Maffiotte.—Evolución de un síndrome de gran expansibilidad lobar en el curso de un pneumotórax terapéutico.

VOLUMEN I (1933-34) 1935 (Agotado)

- T. Cerviá, J. Domínguez y J. García López.—Sobre la fórmula focal y periférica en los tuberculosos.
 T. Cerviá.—Evolución de ideas sobre la asistencia sanatorial a los tuberculosos.
 J. Vidal y T. Cerviá.—Nota quirúrgica sobre una anomalía del frénico.
 T. Cerviá y J. G. Martín Herrera.—A propósito de la tisis de un lactante.
 T. Cerviá y P. Maffiotte.—Resultados sobre nuestra investigación en el Hospicio de Santa Cruz de Tenerife.
 T. Cerviá, P. Domínguez y J. G. Martín Herrera.—La fórmula hematológica focal en la tos y su influencia sobre la tuberculosa.
 T. Cerviá y P. Maffiotte.—Algunas consideraciones sobre el influjo de la vivienda en la tuberculosis, con motivo de nuestras encuestas sociales.
 T. Cerviá, J. G. Martín Herrera y P. Maffiotte.—Los lóbulos supernumerarios del pulmón tuberculoso (con motivo de nuestros 16 casos).